

LA COMUNIDAD COMO FACTOR ETIOPATOGENICO DE LA CONDUCTA ANTISOCIAL DE LA JUVENTUD*

DR. CARLOS VÉJAR LAGAVE

YA SE HA DICHO en este symposium que el hombre tiene un temperamento proporcionado por la herencia y un carácter y una personalidad condicionados por el medio. Por tanto, cada uno de nosotros conjuga en su ser los factores hereditarios y los ambientales en actitudes variables, ya que el choque con el medio provoca reacciones en el individuo que influyen en su conducta, en sus motivaciones intelectuales y en sus fenómenos afectivos. Nuestro ser subjetivo, en el fondo del cual nace el afán que planea, que espera o que sufre, es por tanto inseparable de la realidad exterior, del mundo objetivo; mundo interno y mundo externo, que se encuentran ligados por el puente de la conducta, que es la serie de actos a través de los cuales el sujeto manifiesta su carácter y su personalidad.

El hombre vive permanentemente en sociedad, la característica más peculiar y más ostensible del "homo sapiens", es su instinto gregario. No hay hombre aislado; Robinson Crusoe sirvió por eso, para hacer una novela; porque la realidad enseña que cuando hablamos del hombre, hablamos de grupos humanos, ya que el individuo solitario es una mera ficción.

Al sumarse los sujetos para integrar el conjunto hacen múltiples aportaciones de entre las cuales la principal es el trabajo, dividido en especialidades múltiples que acordes unas con las otras procuran mejores sistemas de vida. Por otra parte la convivencia da margen al conflicto, y para ello las sociedades inventan el Derecho, que ya definieron los romanos como: "dar a cada uno lo que en justicia le corresponde". El conjunto facilita además que el hombre se adueñe poco a poco de todo lo que la naturaleza le ofrece, mediante la técnica, que transforma los productos naturales en cosas útiles para su vida.

Por otra parte, a esta existencia enfocada así, desde el punto de vista de

* Leído en la sesión del 8 de noviembre de 1961.

lo necesario, que Antonio Caso llamaba la "existencia como economía", o tendencia a convertir en útil todo lo que se dispone, se añade el desinterés, expresado a través del fenómeno intuitivo, que se aleja de la razón y se acerca al sentimiento, y mediante el cual, por mecanismo inconsciente, se crean el arte y la religión, así como las normas morales que de la última derivan y que condicionan, al igual que el Derecho, el trato con los demás. La comunidad tiene, pues, la fisonomía que el hombre le da y por eso es indispensable definir cuál es esa fisonomía.

Evidentemente, nunca había contemplado el mundo el avance vertiginoso que los últimos cincuenta años han traído a la humanidad. Pena cuesta confesar, sin embargo, que dicho avance se ha debido fundamentalmente a dos guerras que han asolado al planeta, matando sin justificación plena a millones de seres humanos. A la segunda guerra ha venido aparejada una revolución que clama por los postulados de la justicia social.

Por tanto, es menester reconocer que si hemos avanzado en la técnica hasta aprovechar el electrón, hemos tenido retrocesos en el sentido moral; pues la guerra desquicia todos los valores, endiosa a los militares y atropella a los civiles y reprime con energía cualquier transgresión coartando lógicamente las libertades humanas. Para fortuna nuestra también el sentido de libertad y autodeterminación de los pueblos ha despertado, y en esta inquietud revolucionaria el mundo se mantiene en tensión inestable, como en una suerte de desequilibrio, que define a nuestra época como época de transición, entre un mundo viejo que agoniza y otro nuevo que nace.

Este preámbulo obligado nos lleva a conocer cuáles son las fuerzas que mueven a nuestras comunidades, cuáles son sus ideales, cuál es la doctrina a la que siguen y qué meta esperan alcanzar. Por corto de vista que uno sea advierte que son ostensibles el afán de poder y el deseo de enriquecerse; se persigue la fuerza a través del dinero, pero con éste se busca también comodidad y placer. Alguien decía que si se preguntaba a un niño norteamericano, qué desearía ser cuando grande, la respuesta más frecuente era: "yo quiero ser millonario"; y es que en efecto, el afán desorbitado bajo el cual crecen nuestras generaciones es el del signo económico. ¿Y qué de raro tiene esto cuando desde pequeños advierten que los padres se mueven bajo el mismo afán? Y esta actitud no es de una nación sino de todas, del mundo occidental, del mundo moderno. Todos los hombres luchan por elevar su nivel de vida, aunque quisieran mal apagar su hambre, y esto los obliga a buscar la riqueza material. Las doctrinas de éxito como el marxismo, están asentadas en la economía, y para muchos consiste la estructuración de la vida en ganar la mayor cantidad de dinero posible.

Esto es explicable; el hombre tiene, antes que nada, qué asegurar la supervivencia de él y de los suyos, satisfaciendo las necesidades ingentes como la

casa, el vestido y el sustento. Si falta el dinero, asoma la faz de la miseria y del hambre; por eso el valor económico es el más importante en su vida. Pero lo que ya no es tan claro, lo que ya no debe gozar del favor de los más, es que cuando el dinero ha cumplido esta función, cuando se tiene dinero supérfluo, se siga pensando y actuando en iguales términos. Satisfechas las necesidades, la utilidad del dinero se desvanece y el almacenar más de lo que uno necesita, es decir, el volverse rico, ya no aumenta la felicidad y, por el contrario, es a menudo signo de desdicha, de vida turbulenta y llena de complicación. Muchos sabemos que no son los ricos los hombres más felices. Pero por desgracia, estas ideas no se han infiltrado lo bastante como para desalentar a nuestros jóvenes a buscar por todos los medios posibles el llegar a ser millonarios.

Son pocos los individuos que llegan a convencerse de la trascendencia de los valores de tipo espiritual como el saber, la moral, el arte y la religión, los cuales deben diferenciarse de la obra material, que no podrá constituir jamás la integridad del ideal. El hombre —dice Einstein—, debe estar dedicado a servir a los demás, porque los demás están dedicados a servirle a él mismo.

El medio social, abrumado como decíamos, por el signo económico y el de poder, ha dedicado sus esfuerzos a ensalzar estos valores. Sin duda se dispone a la fecha, como nunca en la historia de la humanidad, de medios publicitarios inmensos con los cuales una idea o un pensamiento, buenos o malos, pueden ser divulgados en menos de veinticuatro horas y leídos por cientos de millones de gentes en todo el planeta. Sería una ocupación interesante analizar, de trescientos sesenta y cinco días, qué es lo que dicen los diarios a ocho columnas; podríamos advertir sin duda que se refieren, la mayor parte de las veces, a la guerra fría, a las explosiones atómicas, a calamidades, desastres y amenazas; y así por el estilo, a actitudes negativas que tienden a mostrar a la juventud que el camino del éxito es el camino del poder, que el que más tiene más puede, y que aquél que no se adapta a las ambiciones, al atropello, a la explotación de los más por los menos, está destinado a fracasar.

Sólo por excepción vemos en los encabezados de los diarios publicado el premio a la virtud o a la bondad, la exaltación de la capacidad cívica del pueblo, el relato de nuestros valores científicos, estéticos y morales. Parece que la gente lee con mayor fruición las noticias del mal que las del bien. Existen páginas y páginas, secciones completas para el deporte, para la industria, para la economía en general; otras para el comercio, para sociales y diversiones; pero una mención para los jóvenes y adultos que laboran en la austeridad de las aulas, bibliotecas y laboratorios, forjando con su esfuerzo la patria del futuro, no recibe apenas publicidad. Estos actos de verdadera jerarquía no son taquilleros —para usar el "slang" de nuestros tiempos—, es menester para que el periódico se venda poner en capitulares a las autoviudas, a los de las cuerdas

flojas y a los niños que matan inocentemente al imitar a Pancho Pantera. No es evidentemente desde este punto de vista la comunidad actual el medio adecuado para exigirles a nuestros adolescentes un cabal sentido de los valores humanos.

El cine, la diversión de las masas, es sin duda ninguna el más poderoso medio que este siglo ha tenido para la buena o mala educación del pueblo; más para la mala que para la buena. Se exhiben en sus pantallas películas que cuentan historias de hombres que triunfaron mediante la violencia, tomando el triunfo como sinónimo de conseguir dinero y poder. Cuántos films hay en los cuales el héroe es aquel que a través de medios ilícitos, actuando sin escrúpulos, y engañando, eso sí, con ingenio, a otras personas, triunfa en negocios que tienen más de robo y atropello que de operaciones comerciales.

Por otra parte el cine muestra a la juventud, amplificado en forma fácil y elegante, los placeres que el dinero proporciona; los coches convertibles, las residencias tropicales con sus piscinas entre palmeras y las mujeres bonitas que actúan como bestiecillas de placer. Naturalmente ésto es espléndido incentivo para que la juventud entienda que la finalidad del vivir está en el placer que el dinero otorga; que el destino humano es producir y consumir objetos que la técnica crea para su diversión y pasatiempo, los cuales esclavizan al hombre haciéndolo servidor de las máquinas que deberían servirle.

El cine, por tanto, se ha ocupado de la juventud fundamentalmente para pervertirla o por lo menos para mal educarla; los tipos adolescentes que nos muestra son a menudo repugnantes y sin embargo imitados fervorosamente por nuestras juventudes, con esa disciplina psicológica que los tratadistas analizan. Y así podemos ver a nuestros muchachos centrando su éxito en andar al desgaire, con el mechón en la frente, la guitarra entre las manos y gritos histéricos que en las pantallas de televisión o en los teatros de revista, autodefinen la juventud de rock and roll que actualmente hay qué tolerar.

De una película hecha por un gran actor norteamericano nació la palabra de "Rebelde sin causa", que nadie se ha preocupado de bien definir ya que eso de sin causa es mentira, pues las causas sobran, y en cuanto a lo de rebelde, hace falta distinguir la rebeldía infecunda que combate toda forma de sociedad por su incapacidad para adaptarse a ella, de la del joven revolucionario que combate una sociedad para forjar otra mejor.

Igual cosa puede decirse de las juventudes existencialistas. No saben lo que son ni lo que quieren; todavía no he encontrado un joven de este tipo que me explique la interesante doctrina filosófica que aparentemente sirvió de base a este absurdo movimiento. Ellos, lo que saben y lo que desean, es convertir al hombre en un ser amoral, creador para sí de sus propios valores y dueño gratuito, muchas veces sin desearlo, de su libertad.

Estas actitudes, sin embargo, no son propias de la comunidad de nuestra

ciudad o de nuestra patria, las compartimos con todas las naciones que contemplan azoradas este libertinaje juvenil que es más acentuado en los países de mayor civilización que en los de escasa cultura, lo cual prueba que no siempre va acorde la civilización con la ética.

La radiodifusión y la televisión, importantes por llegar a casi todos los hogares, hacen sus programas tomando en cuenta la preferencia del público; y lo absurdo y lo inmoral de esas preferencias se advierte al contemplar en las pantallas programas constantes en los cuales el héroe es aquel que saca la pistola con más soltura y mata más aprisa. Nuestro país, que tiene el triste record de muertes por violencia, no debe ser estimulado en este sentido a través de los medios de difusión que llegan fácilmente al pueblo. Otro tanto puede decirse de los programas indefinidos, sin atención a la jerarquía espiritual, sin interés artístico, en los cuales se hace publicidad a todo aquello que deja dinero, igual las marcas de las bebidas alcohólicas que los triviales e intrascendentes desfiles de modas. El libro en cambio ha ido perdiendo terreno frente a los innumerables "paquines" que en forma ilustrada muestran también estupidez y mala fe a través de la explotación de las pasiones insanas.

Una neutralización de estas perversiones, puede y debe hacerse en la escuela. El hombre pasa en el curso de su vida por tres ambientes: el familiar, el escolar y el social; pero no solamente en etapas progresivas, sino simultáneamente en todo el tiempo que dura la juventud y la escolaridad. Por tanto la escuela, segundo hogar, no debe servir exclusivamente para enseñar las ciencias y las artes, sino que debe mantener en forma permanente una tarea educativa, que muestre un estilo de vida moral, tratando de estructurar el alma del adolescente en estas etapas escolares en que el maestro, al igual que los padres, tiene una influencia definitiva. La escuela debe entender que la formación moral del individuo es la que hará más tarde el clima moral de la comunidad; que la vida deberá enaltecerse no sólo por la sabiduría ni por la técnica, sino por el afianzamiento de los valores éticos, y que esta prédica no debe hacerse sólo con el libro o la palabra sino con la más viva y más elocuente de la acción y del ejemplo.

La conclusión se impone en el sentido de que la comunidad en que vivimos no puede acusar a los jóvenes de algo en lo que los adultos somos tan culpables o más que ellos. ¿Cómo es posible predicar una doctrina de amor cuando el odio se enseña no solamente de los individuos sino también de las naciones? ¿Cómo es posible exigirles correcta orientación hacia una meta, si las condiciones ambientales que creamos son precisamente de desorientación y pocos saben, bajo el impacto de esta universal tensión, cuáles deben ser sus caminos y cuáles son los ideales válidos intencionalmente? Es realmente imposible exigir sumisión a la verdad, cuando vivimos en la mentira y en la hipocresía, cuando fin-

gimos ser lo que no somos, y hablamos de ética pero no procedemos como hablamos.

Nuestra comunidad parece dejar en el adolescente desaliento, dudas e indecisiones, señalando como tarea positiva sólo los rumbos de placer. La desorientación fundamental está en la destrucción de la tradicional escala de los valores sin la creación de una nueva, en la cual descansar nuestro futuro. Debemos pensar en función de jóvenes, llamarlos a ellos y elaborar juntos una concepción de la vida que despierte una nueva fe. Por eso terminaremos esta breve exposición recordando el viejo adagio que dice: "¿Has perdido el dinero? algo has perdido. ¿Has perdido la salud?, mucho has perdido. ¿Has perdido la fe?, todo lo has perdido". Porque un hombre sin fe es una brújula loca que no conduce a ninguna parte. Tratemos de evitar que nuestras juventudes caigan en tal desquiciamiento.